

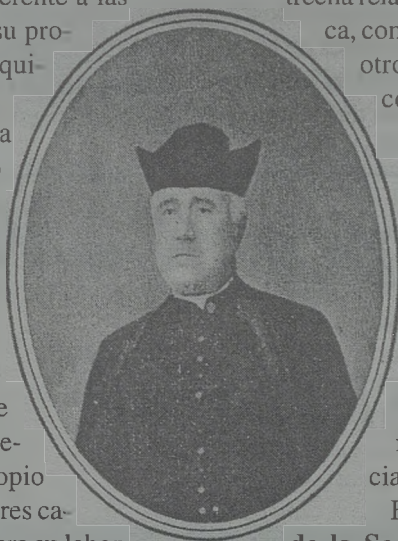
José María de la Fuente

El «Cura de los Bichos», como cariñosamente se le conocía, nació el 1 de Abril de 1855 en Pozuelo de Calatrava (Ciudad Real).

Nació en el seno de una familia acomodada, no en vano su padre era el médico del pueblo, mientras que su madre, procedía de una familia adinerada. José María de la Fuente tuvo una infancia diferente a los demás niños de su pueblo. Sus padres le inculcaron el gusto por la lectura en general y en particular por todo lo referente a las Ciencias Naturales. Seguramente era en su propia casa donde existía una de las pocas o quizás la única biblioteca del pueblo.

Paralelamente a su afición por la lectura ya empezaba a sentirse atraído por otra de sus pasiones: la religión. Pronto empieza sus estudios teológicos, primero en Moral de Calatrava, para seguir en el seminario de Toledo y acabarlos en Jaén; es ordenado en Ciudad Real, en 1879. Siendo aún seminarista ya tuvo contacto con el Museo de Historia Natural de Madrid, donde envió un estudio sobre un determinado tipo de insectos a lo que el propio director del museo respondió regalándole tres cajas de insectos diferentes para que continuara su labor de investigación.

Su primer destino como sacerdote fue en Almodóvar del Campo, donde estuvo nueve años. Aquí empieza a escribir sobre Ciencias Naturales, sobre todo respecto a los Vertebrados, aunque hace algunas pequeñas incursiones dentro del mundo de la Poesía. De Almodóvar a Ciudad Real y desde allí a Almagro, ciudad en la que residió de enero de 1890 hasta marzo de 1891. Parece ser que mientras estuvo en Ciudad Real su investigación se centró preferentemente en las aves. Todo lo referente a



sus observaciones y estudios lo va anotando, así en 1893 publica su primera obra "Dos nuevas especies de Ortópteros de la fauna española: Ameles aptera y Grylloides macropterus". Al año siguiente, en la misma revista «Anales de la Historia Natural» vuelve a publicar otro trabajo, titulado: «Insectos recogidos de Archena (Murcia)», a medida que pasa el tiempo sigue publicando en diferentes revistas de Ciencias y al mismo tiempo mantiene una estrecha relación con eminentes naturalistas de la época, con los que intercambiaba dudas y algún que otro ejemplar para clasificar y completar las colecciones. Así fue socio fundador de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales, sociedad de la que fue presidente en 1912, lo que significa un reconocimiento a su labor investigadora. Desde 1897 hasta 1913 son veintitrés las publicaciones que de una manera constante y continuada van apareciendo en distintos boletines de Ciencias Naturales, escritos referentes, en su mayoría, a la fauna entomológica de la provincia de Ciudad Real.

En el año 1925, es nombrado Presidente de la Sociedad Entomológica de España, en cuyos boletines aparecen publicados varios tomos de su obra la catalogación de Coleópteros. Durante toda su vida se dedicó al estudio de los insectos y su fama de gran entomólogo traspasó nuestras fronteras, siendo miembro de varias sociedades extranjeras.

Hasta el final de sus días fue un empedernido estudioso de sus «bichos» de los que dejó una espléndida colección, hoy depositada en el Museo Provincial de Ciudad Real. Murió en Pozuelo de Calatrava, su pueblo natal, el 21 de junio de 1932.

FERNÁNDEZ ALBERRO

EL SECRETO

Recuerdo la primera película de cine mudo que mis ojos vieron, sólo la música intensa iba relatando una historia que sin palabras yo interpreté:

«En un pequeño valle de los Montes Asturianos, dos enamorados se declaraban su amor, cuando más unidos estaban, él le confió un secreto que había ocultado durante mucho tiempo. Antes de terminar su relato, ella en un ataque de desesperación, echó a correr hacia los acantilados.

Cuando él quiso reaccionar, apenas si la divisaba saltando como loca entre los acantilados, sin conseguir darle alcance. Cada vez la persecución era más peligrosa, de pronto ella desapareció ante sus ojos; cayó por un barranco y él con el afán de salvarla resbaló hasta el fondo del mismo.

Cuando los dos cuerpos se unieron, ella estaba muerta. El sólo tuvo fuerzas para cogerle, fuertemente, la mano antes de morir a su lado y así quedaron unidos en cuerpo y alma para la eternidad».

Justa Muñoz